

# REPERTORIO AMERICANO

Tomo 9

Núm. 6

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 13 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *El prestigio de Costa Rica*, por Antonio Caso.—*Trofeos de amor*, por J. Natalicio González.—*Página lírica* de J. Eustasio Rivera.—*Elogio de Ricaurte*, por Guillermo Valencia.—*Divagaciones de autocritica*, por Pío Baroja.—*Mensaje de protesta elevado al Directorio Español*.—*Unamuno contesta a los intelectuales uruguayos*.—*La Unión Estudiantil México-Colombiana*.—*La Edad de Oro* (con un cuento para niños).

## El prestigio de Costa Rica

(De *Revista de Revistas*, México, D. F.)

1

AMOR no quita conocimiento, antes debe vigorizarlo y depurarlo. La raza nuestra, repartida en múltiples y variadas regiones del Nuevo Mundo, está lejos todavía de haber resuelto o planteado, al menos, sus graves problemas consustanciales. Porque al lado de pueblos que parecen ya haberse encaminado hacia los rumbos de la civilización orgánica y definitiva, hay otros que, como el nuestro, aún no hallan la pauta de su desarrollo armonioso y firme, basado sobre todo, en la homogeneidad de la cultura y la lengua, en el prestigio de la opinión pública, en la unidad de la conciencia nacional. Mientras exista una gran diferencia de grupo a grupo humano y de individuo a individuo, las instituciones democráticas, vigentes en los preceptos de nuestras leyes, no podrán arraigar en las costumbres, ni prosperarán en la acción. México debe tomar ejemplo de sus hermanos, pueblos más felices que el nuestro, y, no obstante, formados al calor de los propios ideales y procedentes de la misma visión heroica que lanzó a España sobre las carabelas de Colón, a la hegemonía de un Continente.

2

La República Argentina es, quizá, de todos nuestros países, el que mejor representa las posibilidades de desenvolvimiento indefinido, de civilización más próxima a la europea, de concordancia más humana entre los intereses de la colectividad y las prerrogativas del individuo. En la cuenca del Plata, bordando de ricos emporios su milagroso estuario; o en los llanos sin fin de la República, hombres de todos los climas realizan el emblema argentino: dos manos que se estrechan amistosamente, sobre las que destella sus indeficientes rayos el sol de la libertad. ¡Argentina, Argentina, grito de amor, palabra de concordia y de paz!...

3

Chile, como México, tiene las características de los pueblos fuertes, de las razas indómitas. Aquí, aztecas y españoles. Allí, araucanos y españoles también, vascongados. Hombres recios; como San Ignacio, místicos y soldados; capaces de vencer, a lo largo de su inmenso litoral, las grandes olas que levanta el Pacífico, al girar la tierra y alargarse América de uno a otro polo, sin otra

salida para los golpes del Océano que los hielos boreales de Alaska o los temerosos estrechos del Sur. Grandes marinos, buenos soldados, prudentes políticos, eruditos pacientes; y también, en nuestros días, una Gabriela Mistral, mística como el de Loyola, pero que sabe soltar el alma, angustiada y audaz, sobre la pasión que anima a los pequeños, y el dolor que combate a todos, para darnos resignación y alivio, haciendo de nuestra misma congoja el ritmo de su canción.

Colombia y el Perú, como México, saben esperar, firmemente, la síntesis, que algún día cuajará, del indio y el conquistador. Los pueblos más meridionales ven pasar, como la sombra de una nube, sobre los llanos de la Pampa, el espectro de la raza autóctona. Caupolicán, entre la nieve del Ande, adora la estatua de Jesucristo Nuestro Señor. Solitario, en las noches andinas, recuérdale, cada vez más vagamente, el estupor de la Conquista. Y un cóndor bate sus remos mientras, dominando la castellana ciudad de Santiago, Valdivia ve crecer a sus vástagos y aumentar su poder...

¡Algún día cuajará!... En tanto Lima y México resumen los trofeos del pasado. Ambos virreynatos, igualmente ilustres; ambas Repúblicas confiadas en su porvenir, seguras de su victoria final. Para nosotros, mexicanos y peruanos, Castilla es grande, mas no podemos olvidar, ni lo podremos nunca, la bárbara grandeza de Cusco y Teotihuacán. ¡Ciudadelas de Atahualpa y Moctezuma; señuelos de Pizarro y Cortés! Y la corte del marqués de Mancera, que vió florecer a Sor Juana, y Santa Rosa de Lima y San Felipe de Jesús... ¡Toda la lira! Es decir, toda la historia, la originalísima historia que predice a nuestros pueblos, para toda su existencia, la pureza de su perfil. ¡El corazón de la estirpe hispanoamericana!

4

Y en el centro del Continente, la América más nuestra, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, estados o provincias de la futura Confederación. Costa Rica, al fin. Es decir, al principio; porque, como el Uruguay, vale lo que Bélgica o Suiza en Europa. Pequeñas grandes naciones, más civilizadas que las potencias que las rodean, más integradas en su propia unidad, más felices, más humanas, más ejemplares.

Aristóteles no creía posible el gobierno adecuado en los pueblos mayores. Prefería sus ciudades griegas a la Persia caótica y fastuosa de Jerjes. Creemos que Aristóteles tenía razón. En un Estado pequeño los ciudadanos se aman y se estiman. La República es cosa real. En un Estado inmenso, las gentes se ignoran entre sí, se entronizan los déspotas, triunfan los plutócratas, y ese comer-